

Luis Bugarini

Palabras de un anómalo

Guillermo Vega Zaragoza

Luis Bugarini es un escritor anómalo. No lo digo yo, lo reconoce él mismo. Alguien lo calificó así en una ocasión, y aunque al principio le pareció que lo demeritaba, después le agarró el gusto y ahora “se salpica en el lodo del adjetivo” (son palabras suyas), pues define muy bien su forma de concebirse a sí mismo, de acercarse a la literatura y de concebir lo que escribe.

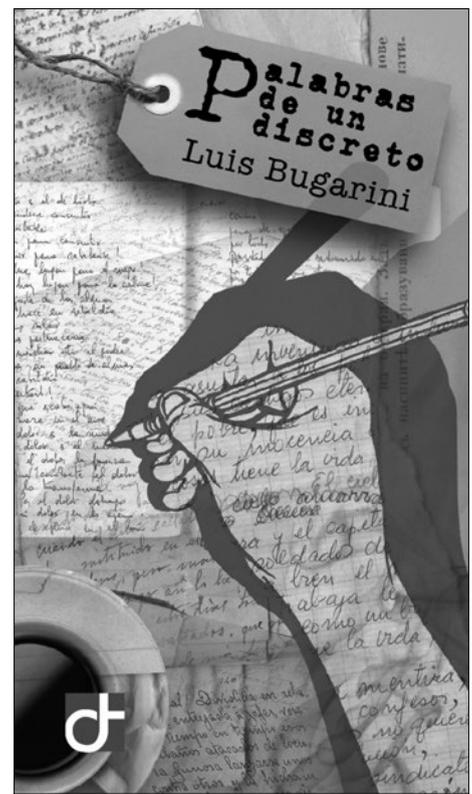
Luis Bugarini es anómalo en el sentido de extraño, insólito, excepcional. Lo es por los temas y los autores que le interesan. Es un lector voraz que se ha sumergido en los consabidos autores canónicos, pero sobre todo le interesan aquellos que marcan vías singulares para apropiarse de la realidad a través de la literatura. Tan sólo hay que asomarse a sus notas cotidianas en las múltiples publicaciones donde colabora o repasar la nómina de sus dos libros de ensayo: *Hermenáutica* (2014) y *Fisuras* (2015): Sade, Mishima, Proust, Schopenhauer, Rossi, Pitol, Bernhard, Chatwin, Kafka, Borges, Keats, Wilde...

Es anómalo también por su capacidad de trabajo. Escribe mucho y escribe bien, demasiado bien, hay que reconocer. De su generación es el que está llamado a ocupar el lugar del polígrafo, pues lo mismo domina la poesía, el cuento, la novela y el ensayo, que la crítica literaria y el periodismo cultural. Es un escritor que nació maduro en estilo y maduro en sus preocupaciones y obsesiones, y sobre ellas rondan sus obras: *Estación Varsovia*, *Perros de París*, *Memoria de Franz Müller*, que forman su trilogía *Europa*, y los relatos de *Cuaderno de Hanói*. Los críticos han dicho que sus libros son “perturbadores y entrañables”; que muestran que, “mediante la introspección y la búsqueda, la literatura puede encontrar nuevos caminos sin

caer en lo críptico, lo conceptual, concesiones fáciles al lector”, escritos por “un eterno insatisfecho ante un mundo que es apenas sueño y humo”, y uno más, ya en el más desenfadado paroxismo, ha vaticinado: “de perseverar en la métrica clásica y europeizada, Bugarini debe aceptar que está firmando su condena a ser leído y valorado a destiempo aunque, más tarde o más temprano, sea reconocido como un maestro dentro de los límites que él mismo ha querido imponerse. En suma: jamás será nuestro contemporáneo”.

Ahora Bugarini nos ofrece *Palabras de un discreto*, a la que llamaremos novela por mera convención, pues es y no es una novela. Es un artefacto anómalo — extraño, insólito (¿ven cómo es consistente nuestro autor?)— que nos acerca a la vida y la obra de un escritor atípico (por no decir también anómalo) llamado Carlos Fausto Malpica. A través de entrevistas, cartas, reseñas sobre sus libros y fragmentos de sus obras, nos presenta a este personaje singular en el medio literario mexicano, que renunció a toda la faramalla y la parafernalia de la “vidita literaria” (por ejemplo, él estaría a disgusto con el sainete de presentar en Bellas Artes un libro sobre él) y se dedicó a perseguir una “estirpe narrativa en esa forma de ficción que enlaza su razón de ser a la perplejidad de enfrentar la vida cada mañana”.

Dice Bugarini que dice Malpica: “Se escribe un libro por el gusto de emprenderlo y no para que tenga ‘sentido’”. ¡Habrás visto tamaña extravagancia! Malpica no escribía para ganar premios ni becas, ni para ser laureado o reconocido, ni para salir en la tele ni marchar por Reforma del brazo del Peje. Le parecería de un mal gusto infinito tener página de Facebook o pasársela



tuiteando todo el día. Malpica entendía la vida como el ejercicio de un arte, el de la literatura, que le permitía *sobre-vivir*: colocarse por encima de la vida a través de la imaginación, de los sueños, de las ilusiones y ensoñaciones que nos hacen más llevadera la existencia y que evitan que asesinemos al vecino o a la propia familia, o nos peguemos un tiro en la cabeza para acabar de una vez por todas con esta monserga que es “vivir” en esta época en un país como este.

Al adentrarnos en el libro de Luis Bugarini vienen a la mente tres referencias inmediatas, una evidente y otras dos no tanto. La primera es, desde luego, *Lo demás es silencio. La vida y la obra de Eduardo Torres*, que escribió Augusto Monterroso (otro anómalo) y que debió de servirle de inspiración. Las otras dos, decía, no son tan evidentes. Se trata de *Juan de Mairena*, de Antonio Machado, y de *Jusep Torres Campalans*, de Max Aub.

Como sabemos, la obra de Machado es el recuento de las lecciones que un maestro de escuela, Juan de Mairena, daba a sus alumnos y que Machado se dedica a “transcribir” en sus columnas periodísticas que después adquirirán forma de libro. “El recurso de lo apócrifo” —como lo llama Antonio Fernández Ferrer— le sirve a Ma-

chado para hacerse pasar por “filósofo”, sin tener que caer en el aburrido fango de la formalidad académica, deslizándose su “voluntad pedagógica y aleccionadora por debajo del escepticismo corrosivo y socarrón del decimonónico profesor apócrifo”.

El caso de Max Aub (escritor anómalo entre los anómalos), a pesar de ser más cercano, creo que es menos conocido entre nosotros. *Jusep Torres Campalans* es la exhaustiva biografía en forma de novela de un pintor catalán. La presentación del libro, que incluye un catálogo completo de su obra pictórica, en la galería del periódico *Excelsior* en 1958 consistió de una concurrida exposición de las pinturas de Torres Campalans, debidas, desde luego, al pincel de Max Aub. El libro levantó ámpula porque estuvo acompañado por “reseñas” y comentarios de artistas reales, amigos de Aub, como Elena Poniatowska, Carlos Fuentes, Emmanuel Carballo y hasta David Alfaro Siqueiros, entre otros.

Max Aub quiso llevar a sus últimas consecuencias el juego del engaño, como una forma de venganza —creo yo— ante la poca atención que siempre sintió que se daba a sus obras. Se aventó la chanza de publicar en 1963 una *Antología traducida*, una colección de “poetas menores” que “son tan buenos como los mejores”, pero que tan sólo escribieron un poema o tal vez dos o tres. Obviamente, son poemas del propio Aub que atribuye a escritores a los que les ha inventado su respectiva ficha biográfica y que supuestamente él ha traducido. El libro, de suyo desigual, pero paradójico y sorprendente, “viene a ser una desairada parodia al rito de la personalidad: un canto a la modestia, desapercibida o ignorada”, como señala Antonio Carreño.

Al mencionar estas obras me interesa resaltar dos aspectos que intersectan con el libro de Luis Bugarini, o mejor dicho, con la vida y la obra de Carlos Fausto Malpica. En principio, toda novela —y aquí asumo que *Palabras de un discreto* lo es— es un pretexto (*pre-texto*) para decir otra cosa que el lector tiene que descubrir. Este caso no es la excepción. La vida y la obra de Malpica es un pretexto que utiliza Bugarini para hacernos reflexionar sobre el sentido de la literatura y del arte, aquí y ahora.

Pero Bugarini, a diferencia del Eduardo Torres de Monterroso, no ha querido recurrir a lo abiertamente paródico (el escritor de pueblito que dice obviedades como grandes hallazgos), aunque, sí, hay cierto dejo irónico, y como el Mairena de Machado, nos desliza en sus dichos y escritos muchas aseveraciones que bien podrían ir firmadas por Bugarini. Es decir, Juan de Mairena funciona más como un heterónimo de Machado —no como los heterónimos de Pessoa— que como un personaje independiente del autor. En este sentido, lo que dice Malpica se parece mucho a lo que diría Bugarini. O quizá se deba a que Malpica es el maestro ideal que decidió inventarse, parafraseando a Nietzsche, quien dijo que “cuando no se ha tenido un buen padre, uno debe creárselo”. Al hablar de *El canto*, una de las obras de Malpica, Bugarini parece estar hablando de su propio libro:

Podríamos decir que no es un libro convencional. No es “narrativa” como anuncia la cubierta del ejemplar, tampoco es una autobiografía convencional. No es para alarmar a los teóricos de la literatura, pero escasean las clasificaciones para ordenarlo y quedar conformes. Que así sea: hace fal-

ta el sacudimiento. En la lectura de sus páginas se tiene la sensación de estar ante uno de esos vitrales que iluminan el interior de las catedrales: cada fragmento puede apreciarse en su individualidad, señalando los pliegues y anotando las sutilezas que lo hacen único, pero esa admiración se magnifica cuando se observan en conjunto, pues se distingue la mano que los unió para lograr los efectos que nos conmueven.

Si la verdadera biografía de un escritor es su obra, no hay escritores más apócrifos que Cervantes y Shakespeare. Es más, casi cualquier escritor “célebre” es apócrifo para la gran mayoría de las personas, pues se les conoce más por lo que se ha escrito acerca de ellos que por haber leído verdaderamente sus obras. En un acto de prestidigitación, Bugarini apenas nos muestra atisbos de la obra de Malpica, acercamientos que nos dejan entrever fragmentos de ese vitral del que habla, de un espejo quebrado donde nos miramos detrás de la máscara de Malpica que es Bugarini que es el lector que somos todos nosotros. **U**

Luis Bugarini, *Palabras de un discreto*, Editorial De Otro Tipo, México, 2016, 101 pp.



Luis Bugarini